taba devorando viva á la torcáz: ¿este gavilán es un criminal? ¿Y esa torcazita que, hace un instante, seguramente devoraba gusanitos vivos, será también una criminal?... Porque, con todo esto, no puedo comprender todavía esa palabrota que se llama la Justicia.

.....

—¿Cuáles, pues, el ideal de usted en la vida, amigo mío?

—Don Octavio, dicen que Teófilo Gautier ofrecía sus derechos de ciudadano, por ver á Julia Grisi en el baño... Teofilo Gautier me es simpático....

Por la noche tuve pesadillas y creí oir un sermón pesado, enorme, insoportable, un sermón de don Octavio el de "La Cruz Alta"...

Después del frugal almuerzo que me enviaron de la fonda (delicada fineza de María) espero con desasosiego la visita que me prometió para hoy, *si era posible.*

Pero á las doce, María no viene aún.

¡Si será capáz este loco de Toño, de levantarse en armas!

Desazonado, no advierto la inquietud reinante en la prisión, sino cuado las miradas de los presos se detienen, obstinadas é impertinentes sobre mí.

Vaga zozobra me asalta, un malestar indefinible me oprime; luego, después, una idea, un pensamiento instantáneo y vertiginoso, me llena de terror.

Pero eso no, eso seria una monstruosidad, un atentado incalificable....

Y sin embargo estamos en los momentos de todos los atentados.

Un sudor frío corre por mi espalda.

Pero mi angustia sólo dura unos segundos; un preso me saca de ella:

—Vengan acá esos cinco jazmines, mi jefe... y ¡que viva Madero!—me dice al oído, oprimiendo mi mano con efusión muy viva.

Por primera vez la odiada palabra, el nombre maldito, me suena á gloria. Acaba de descubrirse, pues, *quién soy yo*

Algún preso me revela la causa de la agitación de los detenidos. Se dice que *mi gente* se ha *levantado* ya y que pronto vendrán á sacarme de la cárcel, y, naturalmente, conmigo á toda la prisión.

Se habla de un encuentro entre revoltosos y gendarmes del Estado. Se cuenta de un levantamiento, en varias haciendas, de más de mil hombres. Pero los detalles son contradictorios é inverosímiles.

No obstante, mis nervios se tiemplan á reventar.

Al atardecer llega á mis manos, con todo el sigilo debido, una hoja periódica local. Con ansiedad angustiosa despliego el papel, y mis ojos pasan con rapidéz por las líneas gruesas de un encabezado.

"Gran levantamiento en Esperanza. Los Rebeldes se apoderan en la Estación de "Villalobos" de un carro de armamento. Derrota de la gendarmería rural. Muerte del cabecilla Antonio Reyes".

No tengo fuerza para más. Una mole inmensa ha caído sobre mi corazón.

La tarde es interminable; una tristeza mortal me abruma. Mi pensamiento entenebrecido pónese á punto de estallar, cuando veo en torno mío la alegría desbordante de los presos y su loco entusiasmo. Necesito fingirme enfermo, para que se me recluya en una pocilga inmunda, Allí siquiera tengo el consuelo de mi tristeza.

La noche es inquieta: despierto varias veces, y varias veces, mis lágrimas mojan la almohada.

A la mañana siguiente el agua fría me trae uua calma relativa. Una idea viene á consolarme. ¡Toño Reyes supo morir! ¡Morir atravesado por uua bala, en la inmensidad de la llanura yerta, bajo la inmensidad del cielo impasibie, es algo superior á morir entre cuatro paredes, chupando el tubo de cristal del aparato de oxígeno, que da el último conbustible á unos pulmones cavernosos. . . .

Mi propia vida me escuece: mi pobre vida, mi vida egoista, mi vida ferozmente lógica, apenas ha sido una vida estúpida. . . .

¡Don Octavio tiene razón . . . ¡

Durante cuatro días agonizo en mi tristeza. La vigilancia se ha redoblado á tal extremo, que nadie tiene permiso de hablar en la reja, y los mismos comestibles

que algunos presos estábamos recibiendo de fuera, han quedado decomisados.

A las nueve de la mañana entran dos correccionales horrorosamente sucios y haraposos, llevando un gran cazo de atole y un canasto de tortillas de olor agrio y nauseabundo. Los presos se acercan, uno á uno, á tomar la ración...

Durante cuatro días no he podido pasar un solo bocado. Ayer me pareció un alimento delicioso el atole blanco y las tortillas masudas, medio cocidas apenas.

En mi tristeza siento agigantarse, cada día más, la imagen de mi amigo Toño, y con la grandeza de esa sombra, que no me abandona un momento, sigo sintiendo mi enorme pequeñez. ¡Un ser miserable, un ser ruín, un ser inútil en la gran vida universal!

¡Don Octavio tiene razón!

—Andrés Pérez á la reja.

Ahora no es ya el grito destemplado é insolente; ahora es una voz discreta, cortés, casi suplicatoria. El mismo Alcaide viene á darme la buena nueva de que la autoridad me deja en libertad absoluta.

La pobre gente, estos hombres de miradas apagadas, turbias, oblicuas, sufren un sacudimiento; sus ojos cintilan repentinamente, con el brillo y la vivacidad de espadas desnudas; esos ojos me interrogan ansiosos.

Y yo trato de retirar al Alcaide, para dar alguna explicación á los presos, que calme un tanto su exitación.

—Mientras mudo de ropa, señor Alcaide, sírvase recoger una cartera con billetes que dejé al cuidado del Director.

El Alcaide saca la cartera y me la pone en las manos.

—Pero aquí no encuentro más de un sólo billete de cien . . . Señor Alcaide, mi cartera traía mil pesos . . . .

Al Alcaide se turba profundamente, rumora escusas que no comprendo.

Yo, entretanto, comienzo á desanudar la maleta intacta que María me envió el día de su visita.

—¡Cómo! ¿qué dice usted, señor Alcaide?...¿ Qué el Director ha salido? ¿qué el Director se ha escapado? ¿De suerte que mis billetes de banco....?

El Alcaide, hecho un manojo de nervios se acerca y me hace una señal angustiosa; quiere que no diga nada delante de los presos; quiere que pronto me ponga en la calle. El mismo toma mi maleta.

—No, señor Alcaide, permítame usted .... no me corre prisa . . .

Saco el vestido nuevo de kaki y me visto; después me ajusto unas polainas brillantes y duras como un cobre, al último un panamá con una ancha tira de seda tricolor.

La prisión, al verme en pie y pronto á salir, no obstante el severo reglamento, prorrumpe en un aplauso estruendoso.

Un rumor sordo llega entonces á mi oído, un rumor que yo no puedo conocer, pero que llama profnudamente la atención de los presos.

—¡Los maderistas!—pronuncia alguno.

Los semblantes empalidecen, una impasibidad tremenda se ve en ellos.

El Alcaide, casi á empellones, me lanza fuera del galerón. Y dejo á los presos, mudos, silenciosos, terribles.

Cuando franqueo la puerta de hierro, sorprendo una escena de pánico. El cabo de guardias, blanco como un papel, ordena á los soldados que calen bayonetas. Y las bayonetas entran con ruido extraño, que acusa el tremular de las manos. El rumor ronco se aclara más y más. Tórnase en una gritería atronadra, destemplada, confusa, creciente como una tempestad.

Mi corazón late con violencia.

Me acerco á la puerta de la cárcel y veo venir un inmenso rio humano, desbordándose por las bocacalles. La plebe, exaltada, apriétase por las banquetas y llena las calles, y enmedio de la pleble, la caballería maderista, el azuleo de las blusas de mesclilla, el tlamear de las cintas tricolores sobre los toscos sombreros de palma. La grita prosigue estruendosa, ensordecedora.

Torno al interior. Los soldados permanecen estoicos en sus sitios, como sorprendidos en un ataque de catalepsia. Tengo una idea.

—¡Abran la puerta! ¡Todo el mundo á la calle—grito con voz de trueno, y con la seguridad perfecta del que tiene que ser obedecido.

Y los cerrojos se corren, y salen unos hombres, timidamente, turbados, con paso vacilante y la mirada empañada y oblicua, y después borbota, dando grandes grito y vivas á Madero, el centenar restante. ¡Los soldados quedan salvados!

Es el momento preciso en que desemboca, por la calle de la cárcel, la fuerza maderista. Veo acercarse los toscos semblantes de miradas ardientes, las teses obscuras y requemadas, las cabezas crespas y erguidas, los pechos anchos, cruzados de dobles cananas.

Casi toda esta gente me es conocida; pero, en estos supremos momentos, algo pasa por encima de ellos, que los eleva. que los engrandece.... ¡el espíritu de Toño Reyes!

Los vivas atruenan el aire; de las filas se desprende, de pronto, un maderista erguido y gallardo; viene á mi encuentro y, de la brida, me presenta un bello alazan. Reconozco á Vicente el mayordomo de "Esperanza" y reconozco el caballo mimado de Toño Reyes. Me niego obstinadamente á montar; un rubor intenso me quema; pero la misma plebe, los presos, los soldados maderistas, me levantan como una pluma y me colocan sobre la montura, entre un atronar de vivas á Madero y al "coronel Andrés Pérez"

Y tengo que recorrer las calles á la cabeza de aquella gente. El loco entusiasmo, traducido en gritería tremenda, apaga el repicar en las iglesias, los disparos de los mausers maderistas, los cohetes de dinamita del populacho.

Y al fin de aquel brillante desfile, pletórico de vida; cuando me siento arrebatado por el entusiasmo de las multitudes ebrias; cuando me siento capaz de todas las grandezas de los guerreros; cuando quiero rendir un recuerdo á la memoria bendita de mi amigo Toño Reyes, entre

la turba informe veo alzarse una cabeza cana y calba, una cabeza que se levanta con obstinación á buscarme, á buscar mis ojos; una cabeza que tiene el poder suficiente para retener mis miradas, y esa cabeza me clava una mirada aquilina, una sonrisa sarcástica: la maldita risa de un mefistófeles . . . .

¡Es don Octavio que me mira!

——

Los acontecimientos se sucedieron con una rapidéz que me privó de mi libertad de acción y hasta de pensamiento. Al descender de la montura, apretado círculo de *delegados* aprestóse á felicitarme por el éxito de *nuestra santa causa*, disputándose la primacía de mi mano oliente á pólvora. Un sujeto de pequeña estatura y gran cabeza de hidrocéfalo distinguíase por su pertinacia en ganar mi atención, acabando por desgarrar una ala de mi blusa, á tanto tira y tira· "Cuidado, que es el cacique gordo," me dijo alguno, á mi espalda. Volvíme y dí con los bigotazos furiosos de un ciudadano, que se hizo tres dobleces y me presentó los respetos del "Sufragio Libre. No Relección," club de za-

patistas, callistas, rapistas, etc. Luego un individuo, flaco como una sanguijuela y rojo pecoso como huachinango oreado, se inclinó con reverencia, cruzó las manos sobre el pecho, y bajos los ojos, rumuró: "Dios, Patria y Libertad".

No sé como fué ello; pero, de pronto, me sentí arrastrado por el pequeño hidrocéfalo y metido á viva fuerza en un cochecillo cojitranco, y ¡paf!, fuí á caer en medio de un grupo de furibundos barbados, olientes á machos cabríos, vestidos de kakis nuevos, cruzados de cananas repletas de tiros, y con cintas tricolores en los sombreros.

Mi admiración tornóse en absoluto embobecimiento, cuando reparé en el cororonel Hernández y su adlátere el periodista don Cuco.... !Los enemigos más rabiosos de Madero y de la Revolucion, militando ahora en sus filas!

Nos abrazamos cordialísimamente. Convenimos en que habíamos llegado *todos*, aunque por diversos caminos, al triunfo de nuestra *santa causa*.

Cuando me pude reponer un poquito y volver en mí, mi primer pensamiento

fué huir, correr como loco, escaparme como un desesperado. Pero nuestro amabilísimo huesped pronto dió razón de la poca lucidez que quedaba en mi cerebro. Copas van, copas vienen. Se comentan los últimos sucedidos: el triunfo completo y admirable de la Revolución; el ataque á Ciudad Juárez; los escándalos en México la huida de Porfirio Díaz, á todo escape El General Hernández (porque ahora es general el coronel, por no poder ser algo más) refiere cándidamente la coincidencia. de su levantamiento, con la salida de Díaz á Europa. Las fuerzas del General ascienden á veinte hombres: un general, cuatro coroneles, ocho tenientes coroneles y siete mayores. Hay un problema pues á resolverse: el reclutamiento de soldados á quienes mandar. "Problema facilísimo, porque como ya se acabó la guerra—dice don Cuco muy serio—va á sobrarnos gente".

Y yo lo encontraba todo perfecto, porque me acuerdo, auque con vaguedad, de que cuando rodamos debajo de la mesa del comedor el General y yo, no fué por cuestiones militares, sino por que éste

se permitió alguna grosera alusión á mi amistad con María, la viuda de mi amigo Toño Reyes. Debimos de habernos repartido sendas bofetadas, porque yo conservo todavía las reliquias de una equímosis, y según datos fehacientes, el General tiene un ojo amoratado y un chichón en la frente. Después de este suceso, todo lo demás se me pierde en absoluto, y sólo sé, que otro día, á las nueve de la mañana, me despertaba en muelle lecho, en una casa perfectamente desconocida.

Cuando comencé á vostirme, entreabrióse la puerta y Vicente asomó la cabeza:

—Mi Coronel....

—Adelante.

Mi Coronel, una carta de la niña. Desde anoche llegó; pero como mi Coronel estaba . . . dormido. . . .

Una tarjeta de ancha orla negra anúnciame la llegada de María y su dirección.

Emociones opuestas chocan con violencia en mi corazón. Mi amigo Toño muerto hace quince días apenas.... La bella enlutada que fué á visitarme á la Alcaidía....

—Vicente, agua, agua de la más fría que encuentres.

Mientras qne el mozo vuelve con la jarra de agua que refresque mi frente, penetra mi hospitalario hombre, el de la gran cabeza, y pretende amenizar mi ingrato despertar con gracejos de la peor especie. El pobre diablo pretende un *grado militar* entre *mi gente*. La verdad es que tiene, más que dotes de militar, chocarrerías de soldadera.

Media hora después me echo á la calle, no sin haber llegado antes á punto de amenazar con el revolver de Toño Reyes al maldito hidrocéfalo, quien pretende acompañarme, y se presenta con cinta tricolor en el *panamá* y dos cananas cruzadas sobre el pecho. Pero el hombrecillo se convence y me deja marchar solo y en paz.

Como la población entera está inundada de *maderistas*, felizmente puedo pasear, sin ser advertido de nadie,

Sin voluntad para dominarme, saco repetidas veces la tarjetita de María y la leo. La vuelvo por anverso y reverso, la escudriño, y aunque todo se reduce á dos

reglones, aquella tirita de pergamino me obsceciona y me atrae como el más dulce pecado mortal.

¡Oh, Toño amigo¡ ¡Toño Reyes muerto, atravesado por una bala, dormido para siempre en mitad del campo desierto, bajo la inmensidad del cielo impasible.....! ¡Oh, sombra importuna!....

La población es pequeña; sin intentarlo siquiera, me encuentro de pronto, en mi incierto vagar, por la calle de *Mina*. A mi derecha y al frente, una fachada coqueta y muy sencilla, y sobre la cantera del dintel, esculpido el número 15. ¡La casa de María!

Me clavo en la esquina.

Un muchacho pasa voceando *El Pueblo Libre*.

—¿A qué hora sale el tranvía que va al tren de México, muchacho?

—Dentro de un cuarto de hora, mi jefe....*El Pueblo Libre*, mi jefe.

Tomo un ejemplar y procuro apartar mis ojos de la fachada del 15. Despliego la hojilla local. La virulencia de las primeras líneas detiene mi atención:

"LOS MADERISTAS DE ULTIMA HORA

———

"En los momentos en que el mundo entero, asombrado de una mentira colosal, ve desmoronarse la Administración porfiriana, deslumbradora como una hoja de oropel, enorme como una torre de rastrojos, poderosa como un ejército de carneros, podrida é inmunda como una casa de lenocinio, un enjambre de negros y pestilentes moscones, escapados de allí, de ese lupanar donde no pudieron jamás pasar de la categoría de abyectos moscones, ahora vienen, ambrientos, á echarse sobre las primicias de la Revolución Triunfante. La canalla que nunca supo de otras armas que las del vil incensario, que no conoció otras aptitudes que las del reptil, ahora se endereza vacilante, se cruza cartucheras sobre el pecho y se prende cintas tricolores en el sombrero.... Son ellos.... menguados residuos excrementicios de todas las dictaduras, piara de lacayos sin dignidad y sin conciencia.... Son ellos: los que se postraron de hinojos ante Bernardo Reyes, cuando husmearon que Bernardo Reyes era el futuro poderoso; los que más tarde corrieron á arrastrarse con sus dignos compinches los de "El Debate" á lamerle las botas á Ramón Corral, cuando creyeron que Corral iba á ser el grande. Turba de pordioseros, que por insignificantes, por anónimos, ni siquiera merecieron ostentar en su frente de ilotas el hierro infamante de "la ignominia".... Son ellos, los eternos judas de todos los gobiernos, de todos los credos, de todas las religiones...."

Detengo mi lectura, estupefacto. Dudo, al leer estos renglones, de la muerte de Toño Reyes. Porque es el espíritu de Toño Reyes el que sopla como una tempestad en ellos!

Sí, resueltamente tomo el tranvía. Sólo faltan diez minutos.

La hojilla local me obsceciona y voy al final del artículo:

"Pueblo mexicano: no has triunfado, mentira; mientras no sepas arrojar lejos de ti á esos buitres voraces, á esos ladrones de cadáveres, á esas hienas que se echan sobre los restos, calientes todavía, de los soldados de la Libertad y de la Democra-

cia, á robarles de entre sus manos crispadas aún, lo único que llevan ¡su grandeza!.... tu triunfo es una quimera. tu triunfo es una pobre alucinación de moribundo....!"

Y mi vista se clava, de nuevo, en el dintel de cantera. Y ahogo heroicamente un suspiro.

Un vocerío extraño, hacia el rumbo donde se han acuartelado los maderistas, atrae mi atención. Oigo un disparo. Los transentes, asustados, se detienen. Sordos rumores escúchanse y luego las gentes afluyen con gran curiosidad hacia el frente del cuartel. Me encamino hacia ese punto, pero el fragor de una descarga me inmoviliza. Los curiosos huyen y se dispersan; algunas mujeres se refugian en los zaguanes y dentro de las tiendas; pero, en breve, las puertas se cierran con gran estrépito.

Dentro del cuartel gritan, sorda y confusamente: ¡viva Madero! ¡viva la Revolución!

A un maderista que sale de ahí, lo detengo y le pregunto:

—¿Qué ha ocurrido?

—Nos han matado al Capitán, mi Jefe!

—¿Qué Capitán?

—Vicente, mi Coronel, |Vicente el de la hacienda....

—¿El mayordomo de *Esperanza*? ¡No es posible!

—Es exacto, amigo mío, su valiente compañero de armas acaba de asesinarlo—confirma don Octavio llegando jadeante é intensamente pálido.

—Vengo de allí: ¡no me imaginaba tanta audacia y una cobardía tan grande!

—Pero ¿que diablos hacía usted en el cuartel, don Octavio?

—Un encuentro con el Coronel Hernández, y mi condescendencia estúpida en acompañarlo al cuartel. Que iba á felicitar á los *muchachos* por la valiente batida que dieron á los gendarmes del Estado... ¡Bribón!.... No me imaginaba á lo que podrían llegar ustedes, maderistas de ocasión.....!

Don Octavio me sorprendió con su intencionada frase. Sus miradas pretendían confundirme; su gesto me abrasaba. Y recuerdo luego, su mirada de la víspera, cuando me sorprendió al frente de la

caballería maderista en su entrada triunfal. Sería inùtil, pues, el que yo pretendiera sincerarme. Pero hago oídos sordos á los dicterios de don Octavio, é interrogo al maderista. El mozalvete, con lágrimas en los ojos, me refiere tosca y brevemente lo ocurrido. El coronel Hernández se presentó en el cuartel, pretendiendo que se le reconociera como jefe de la fuerza; Vicente se negó rotundamente y con eso se armó la gorda. Gritó el Coronel; más alto grito Vicente; aquél escupióle la cara á este, y este amartilló la pistola.

—Si ese imbécil de don Cuco no desvía tan oportunamente el tiro—interrumpe don Octavio—la bala en vez de incrutarse en los adobes de las cuadras, se clava en mitad del alma de este bandido... Pero hay algo peor....

Don Octavio no podía hablar. las palabras se le quebraban en los labios temblorosos.

—Ha ocurrido lo inverosímil, lo inaudito ¡lo absurdo!.. Ese monstruo ha fascinado con sus gritos salvajes á estos infelices peones de *Esperanza*; á los pro-

pios hombres de Vicente les ordena que lo desarmen, que lo aten, que formen cuadro....y que apunten.... Y Vicente ha caído desplomado, con los ojos inmensamente abiertos, asombrado, sin duda alguna, de ver á los que nacieron esclavos... ¡esclavos todavía...! ¡esclavos hasta morir..¡ ¡eternamente esclavos....!

Yo miré significativamente á don Octavio, yo quise mis miradas lo hirieran como mi triunfo aplastante, brutal...

Pero don Octavio me vió y no me comprendió.

—La infamia de este canalla ha sido tan grande—dijo—que ha ordenado todavía á estos parias desventurados que clamen ante el cadáver de su jefe: ¡viva Madero! ¡viva la Revolución! De esa calaña son ustedes, maderistas de última hora..... ¡los mismos... los mismos... los mismos....! ¿Que dice usted?

No pude soportar más; cogí la cinta tricolor de mi panamá, la arranqué de un tirón, la arrojé á los pies de don Octavio, y dije:

—Pues digo, amigo don Octavio, lo mismo que usted: ¡que viva la revolución!

—¡Cerebro de pájaro....!—me contestó, olímpico.

Y yo, sin despedirme, me encaminé al encuentro del tranvía, que ya asomaba en la bocacalle; sólo que, al pasar por el zaguán de la casa de María, vacilé un instante.... y penetré....

FIN.

OBRAS DEL AUTOR:

María Luisa (novela) Agotada.

Mala Yerba, .. Librería de D. Eusebio Gómez de la Puente, México, D. F. Calle de Nuevo Méx. Nº 1.

—

Andrés Pérez, MADERISTA. (NOVELA) Librería de Andrés Botas y Miguel.—Méx, D. F. 1ª de Bolivar 9.

—

PROXIMAS A PUBLICARSE:

SIN AMOR (novela)

Los FRACASADOS (novela)

Segunda Edición

CAPILLA ALFONSINA
U. A. N. L.

Esta publicación deberá ser devuelta antes de la última fecha abajo indicada.

114797
PQ7297
.A9
A5
FL
AUTOR
AZUELA, Mariano
TITULO